

—¿Me conoce vd?

—No sé mentir; sí señor, se llama usted Enrique.

Esta contestacion picó mas la curiosidad del noble jóven, que descubria bajo los harapos de aquella mujer, una fisonomía fina, una voz dulce, y unas maneras no vulgares.

—¿Dónde tuve el gusto de ver á vd. la vez primera?

—En la plazuela de Buenavista, una mañana en que dos mozos condujeron á un herido que habian encontrado en el Paseo de Bucareli.

—¿Y aquellos mozos?....

—Eran mis criados que habian salido á buscar á mi hermano Cárlos.

—¿Pilar!...—exclamó enternecido y fuera de sí Enrique.—¡Ah!.... ¡en qué estado vengo á encontrar á vd!....

—En el estado mas triste en que puede hallarse una mujer.... ¡en un estado peor que la muerte!.... ¡Si vd. supiera, D. Enrique, todo lo que he sufrido desde que me arrancaron del lado de mi querido padre...!

Y las lágrimas se agolparon á los ojos de la infeliz que las enjugó con su rebozo.

—¿Mi padre!....—prosiguió.—¡El desventurado habrá muerto de tristeza por mi separacion, y yo he sido tan cruel que no he muerto de vergüenza y de pesar al verme des....

Y no se atrevió á concluir la frase. Enrique adivinó lo que callaba, y no queriendo amargar mas la suerte de aquella desgraciada jóven que desde el estado de opulencia habia descendido al de la mas profunda miseria, contestó:

—¿Luego ignora vd. que vive su padre?

—¿Vive!....—exclamó llena de júbilo Pilar.—¿Le ha escrito á Vd?.... ¿se acuerda de mí?.... Responda vd., responda vd. por Dios....

Y la fisonomía de Pilar brillaba con esa alegría intensa que imprime en todo buen hijo el noble sentimiento del amor filial.

—Sí; vive, y vd. es su único pensamiento.

—¿Gracias, Dios mio!....—dijo levantando los ojos al cielo con una verdad sublime;—ya no soy tan infeliz como creia!..

¡mi padre, mi querido padre vive y no me ha olvidado!.... ¡El cielo permita que no me maldiga algun dia!....

Y Pilar se cubrió el rostro con ambas manos como herida por una idea horrorosa.

—¡Maldecir á vd. su padre!.... ¿y por qué?....

—Porque hay sucesos en la vida, D. Enrique, que echan una mancha imborrable en el claro nombre de una familia honrada... sucesos que asoman la sangre á las mejillas, que hielan el corazon, alejan la amistad, atraen el desprecio, y matan la esperanza....

—Pero jamas la maldiccion de un padre como D. Andrés que no tiene mas pensamiento que su hija, que no habla mas que de su hija, ni alienta mas que por su hija...

—¿Cómo lo sabe vd?....

—Porque me lo ha dicho.

—¡El!.... ¿Luego vd. ha hablado con él?.... ¡Ah!.... ¿dónde está.... ¿dónde?

Enrique conoció que dar una contestacion franca, seria exponer tanto á Pilar como á D. Andres, á una sorpresa demasiado

violenta que pudiera producir un desagradable resultado: en el estado de pobreza en que á ella encontraba, así como en la situacion delicada en que veia á D. Andrés, creyó conveniente preparar el corazon de uno y otro para que, trascurridos algunos dias, el placer de verse, no fuese á mezclarse con el dolor que indispensablemente causaria la triste posicion en que ambos se encontraban. Abrazado este pensamiento que fué instantáneo, contestó:

—Hablé con él en Tampico.

—¿Cuándo?

—En el asalto que dimos á la Barra.

—¿Estaba mi padre allí?

—Era uno de los que defendian el punto.

—¡Mi padre!.... ¡Dios mio!....

—Y gracias á él, conservo la vida que iba á terminar á manos de un soldado que me dirijia un bayonetazo.

—Pero ¿no han vuelto á reembarcarse los que vinieron en la expedicion?

—Excepto D. Andrés que consiguió, por empeños de varios amigos, permiso del ge-

neral Santa-Anna para permanecer en la República.

—¡Dios les premie á esos amigos ese rasgo de humanidad!.... Pero ¿dónde está mi padre? ¿dónde está?... ¿por qué me oculta vd. el sitio en que se encuentra?... ¡Ah!... ¿es tal vez porque se halla en la miseria como yo?....

—Su padre de vd. no carece de nada; un amigo íntimo, un jóven que le ama como un buen hijo á un padre bondadoso, se ha encargado de proporeionarle todo lo necesario para que viva sin las penalidades que trae consigo la pobreza.

—¿Quién es ese jóven, ese ángel enviado por la Providencia en auxilio del hombre mas virtuoso y desgraciado de la tierra?... ¿Le conozco yo por ventura?....

—Mucho.

—¿De veras?... ¿Cuál es su nombre?....

—Don Antonio Miron.

—¡Don Antonio!....

Exclamó Pilar con un acento imposible de expresar. Era la vez primera que desde su raptó, oía en boca de otro, aquel nom-

bre que entrañaba para ella un poema de sentimientos tiernos, de recuerdos y de amor. En el rostro y los ojos de Pilar brilló de pronto la alegría mas íntima; aquel nombre era el resorte delicado de su alma que la trasportó de repente á otra época y á otras escenas de aspecto risueño y encantador: pero aquel éxtasis fué rápido como el relámpago; y como la luz de éste brilla por un momento, para dejar en mas completa oscuridad al viajero, así la expresion de alegría que comunicó el alma á los ojos de la jóven al escuchar el mágico nombre de D. Antonio, desapareció de repente para nublarse con un pensamiento horroroso que dominaba toda su existencia: á la expresion del placer, sucedió instantáneamente la del pesar, y á la brillante mirada que se retrató en sus ojos, las lágrimas que rebotaban del corazon.

—¿Qué tiene vd., Pilar?—dijo Enrique notando aquel cambio repentino que le alarmó sobremanera.—¿Está vd. mala?

—Don Enrique—contestó Pilar enjugándose las lágrimas—¿quién no se siente mo-

rir cuando ve perdida para siempre la felicidad que tocaba con la mano?.... ¿Quién no muere de dolor, cuando tiene que renunciar al objeto que hizo latir su corazón de amor, y se ve obligado á ocultarse de sus ojos para no alcanzar su desprecio, su odio tal vez?....

Y la jóven se enjugaba con frecuencia el randal de lágrimas que se desprendian de sus nublados ojos.

—¿El desprecio de D. Antonio?.... ¿y por qué?.... ¿No ama á vd. con la pasión del hombre que no tiene otro bien sobre la tierra que la mujer que adora?.... ¿No puede realizarse la apetecida union de dos almas que se han identificado en sentimientos y en esperanzas, que han padecido un mismo dolor, unos mismos contratiempos?...

—¿Unos mismos contratiempos!....—exclamó Pilar exhalando un profundo suspiro.—Es preciso que sea franca con vd., D. Enrique, para que disculpe vd. el verme en la triste posición en que me ha encontrado. Cuando al entrar ví á vd., le conocí

al instante, y me tapé con el rebozo para no ser conocida; pero vd. se interesó por mí, y no pude negar mi nombre; ahora quiero disculparme por haber descendido á la última clase, para que no me acuse vd. sin haberme antes compadecido.

—¿Acusar á vd?.... ¿Y de qué?.... yo solo veo que es vd. desgraciada, que es vd. la hija de D. Andrés, la jóven que cuidó la vida de Miguel, del mejor de mis amigos.

—¿Quiera Dios que á los ojos de mi querido padre, halle mi desventura la indulgencia que á los de vd., ya que el destino me separa para siempre del hombre á quien debí unirme en otro tiempo!....

—¿Y por qué renunciar á la esperanza? ¿No es D. Antonio el jóven mas generoso y noble del mundo?

—¿Ah!.... ¡sin duda!.... Pero es imposible!.... ¡imposible de todo punto!.... Yo no puedo aspirar ya á otra cosa que á su indulgencia, pero nunca á su amor! Saber que está bueno.... que no me aborrece.... que no maldice la memoria de su

pobre Pilar, á quien tanto amaba.... hé aquí toda mi ambicion para lo sucesivo....

En aquel momento se oyó la ronca voz de un hombre que estaba junto al ventanillo, por la parte interior de la prision, y cuya ocupacion era llamar á los presos por su turno para que recibieran la comida que les traian.

—¡Pedro Morera!....

Gritó con toda la fuerza de sus robustos pulmones.

—Adios, D. Enrique.

Dijo Pilar al escuchar aquel nombre.

—¿A dónde va vd?

—Han llamado al hombre á quien traigo la comida, y no me puedo detener: tenia empeño en vindicarme á los ojos de vd. del mal concepto que habrá formado al verme en este sitio y de esta forma; pero es imposible. Sin embargo, antes de separarnos, hágame vd. el favor de decirme si D. Antonio está en México.

—No; se encuentra en Altamira, asistiendo á los enfermos y heridos, por órden del gobierno.

—Si algun dia se encuentra vd. con él, no le diga vd. que me ha visto, y mucho menos en esta posicion.

—Ya convendrémos otro dia en lo que deberémos hacer.

—Tengo motivos para querer vivir sin que nadie sepa dónde me hallo.

—Mañana veré á vd. para conocerlos, no por una estéril curiosidad, sino con el fin de dulcificarlos.

—¡Gracias, generoso amigo, gracias!

—¿Dónde vive vd?

—En la plazuela de S. Sebastian, letra A.

—¡En una humilde y miserable accesoria....!

Dijo enternecido Enrique.

—¡Sí, señor; en una miserable accesoria!..

—¿Viene vd. con mil diablos?

Gritó impaciente el del ventanillo, dirigiéndose á Pilar.

—Voy.

Dijo ésta empezando á andar.

—Adios—le dijo Enrique—mañana pasaré á ver á vd. á su casa.

Y al tenderle la mano para despedirse, colocó en la de ella, dos onzas de oro.

La delicada jóven quiso rehusar aquel beneficio á pesar de la suma miseria en que gemia; pero cuando trató de hacerlo, le detuvo la aparicion de un rostro cetrino que se presentó detras del ventanillo de la cárcel.

Enrique vió el fiero aspecto del preso, y se alejó dirijiendo una mirada de compasion á Pilar.

—¿Quién será ese hombre?....

Dijo el hermano de Luisa para sí, y salió á la calle: aproximóse á un hombre á quien habia entregado su caballo al entrar en la Acordada, montó en el brioso corcel, y desapareció preocupado con las reflexiones que le sugirió aquel inesperado encuentro.

—¡Aun hay quien se compadezca de mí!.

Pensó Pilar; y la pobre jóven se puso á llorar como una criatura. ¡Ah!.... cuando en la desgracia nos encontramos con una persona que se interesa por nosotros; cuando abandonados de todo el mundo gemimos en la miseria, y de repente se presenta una persona benévola que se compadece de

nuestras desgracias. ¡Ah!.... entonces el corazon oprimido con los desprecios, se ensancha, cobra mas expansion, se siente conmovido hasta lo mas íntimo, y esta dulce emocion, cuyos deleites son inexplicables, se asoma á los ojos deshecho en dulce llanto, llanto consolador que dulcifica los recuerdos de las pasadas amarguras.

¡Y qué dirémos del dulce placer que experimenta el alma del que ha favorecido desinteresadamente al hermano que vió gemir en la desgracia?.... Si los poderosos que buscan la dicha en los placeres, en los banquetes y en el lujo, conocieran la inefable dicha que derrama en el corazon la práctica de la caridad, con cuánta mas frecuencia se acercarian á las humildes habitaciones de esas desgraciadas familias, cuyas lágrimas enjugarian con lo que invierten en fútiles objetos!....

¡Cuán felices son los ricos que emplean una insignificante parte de sus bienes, en aliviar la miseria de los pobres!.... ¿Qué placer se puede comparar al suyo?... Ninguno, porque los que se buscan en los ob-

jetos del mundo, son materiales, perecederos, mezclados con la amargura que ocultan en el fondo todas las cosas de la tierra, mientras los que proporciona la caridad, son espirituales, puros como el sér de donde emanan, que es Dios.

Pilar guardó con disimulo el dinero, y se acercó á entregar al preso la canasta que provista de comida llevaba.

El carcelero la miró con maliciosa intencion, y murmuró para sí.

—Mientras ellos penan, ellas buscan consoladores.... ¡Mujeres.... mujeres!....

Y se quedó refanfuñando, hasta que le llegó el turno á otro preso, y tuvo que pronunciar en alta voz su nombre.

CAPITULO II.

Enrique y Miguel.

Enrique, preocupado con el feliz encuentro de Pilar, se dirigia hácia el palacio á desempeñar la comision que llevaba para el gobierno, cuando al llegar al Puente de S. Francisco, oyó que le llamaban por su nombre: volvió los ojos hácia el sitio de donde vino la voz, y vió á Miguel, vestido de luto, que salia de una casa baja, cuyo patio estaba lleno de naranjos y de flores, dirijiéndose á él con los brazos abiertos. En el instante detuvo su caballo, bajó de él con prontitud admirable, y poco despues los dos amigos se abrazaron con ese placer

tierno, dulce, inmenso, que proporciona la verdadera amistad.

—¿Cuándo has llegado, Enrique?

—En este momento mismo.

—¿De dónde?

—De Veracruz adonde pasé de Tampico.

—¿Pues cómo traes este rumbo y no el de S. Lázaro?

—Porque fuí primero á dar una buena noticia á un amigo que está preso en la Acordada por asuntos políticos.

—Muy activo eres en cumplir con los deberes de la amistad.

—Y te aseguro que nunca he visto mas palpablemente recompensados los servicios que prestamos á los amigos desgraciados.

—¿Por qué?

—Porque he tenido el encuentro mas inesperado.

—¿Cuál?

—He visto y hablado á la hija de D. Andrés.

—¿A Pilar!

—Sí.

—¿Y cómo está?

—En la mayor miseria.

—¿Será posible?....

—Confundida entre las mujeres del bajo pueblo que llevan la comida á sus maridos, hijos ó padres presos.

—¿Pues qué, tiene alguna persona de su cariño en la cárcel?

—Lo ignoro, porque no pude hablar mucho con ella; solo ví que al pronunciar el que está en el ventanillo, el nombre de Pedro Morera, se presentó un preso de rostro fiero, á quien ella se acercó para entregarle la comida que llevaba en una canasta.

—Si no me equivoco, ese nombre se lo he oido pronunciar á nuestro amigo D. Antonio, el dia en que fuímos á visitarle á Ixtacalco para decirle que trabajaríamos sin descanso por encontrar á Pilar.

—Es cierto: ahora recuerdo; es el mismo que le enseñó la noche del dia del saqueo del Parian, la casa en que vivia Rossi.

—Precisamente.

—Y que por las señas que despues me han dado, andaba por la costa de Tampico á caballo con otros cinco, fingiéndose guar-

dacosta, y robando á todo el que se descuidaba.

—¿Qué osadía!

—Y lo mas sorprendente es, por lo que voy viendo, que tuvo en Cabo-Rojo, una larga conversacion con los expedicionarios, y muy particularmente con el mismo Don Andrés, sin que uno ni otro supiera los lazos que á cada cual le ligaban con Pilar.

—¿Y dónde vive esa jóven?

—En la plazuela de S. Sebastian, letra A.

—Es preciso ir á verla para proporeionarla todo lo que necesite, y ver si la devolvemos á su desventurado padre.

—Mañana he quedado en hacerla una visita.

—Bien; hazla tú solo primero, y otro dia iremos los dos juntos.

—¿Y tú te has mudado por ventura á esa casa de donde te he visto salir?

—No: es donde vive la actriz, Matilde.

—¿Pues no me aseguraste que no la volverias á hablar?

—¿Qué quieres!... se parece tanto á Luisa, que me ha sido imposible; además,

me seguia á todas partes... me acosaba... Pero ahora sí que te juro no volver á verla.

—¿Por qué?

—Acabo de romper con ella: está zelosa de mi pobre prima, y ha exigido de mí, que no viva ni hable en lo sucesivo con Maria.

—Pero ¿quién le ha podido hacer concebir zelos contra una jóven hácia la cual ningun interes de enlace te lleva?

—Lo ignoro. Solo sé que Rossi me mira con envidia, y que trata de que entre Matilde y yo haya un rompimiento para quedarse él dueño del campo.

—¿Siempre Rossi!

—Sabes que llegó llamado por el gobierno para pasar al Estado de Guerrero y unirse á las tropas del Sur, pues se teme que el ejército de reserva que está en Jalapa, á las órdenes de Bustamante, se pronuncie contra el actual presidente Guerrero.

—¿Y has roto con Matilde?

—Enteramente, y hace un momento le he dicho que no piense en mí, que me arrepiento de haber puesto mis ojos en una

mujer que abrigaba un corazón que exige sacrificios imposibles contra la tranquilidad de una jóven que en nada le habia ofendido.

—¿Y habrá quedado furiosa?

—Jurando venganza.

—Pues cuida de que no la realice.

—¿Crees tú que seria capaz?...

—De todo, y cuando se trata de María, de la jóven que amo, y cuya mano aun no pierdo la dulce esperanza de poseer algun dia, es preciso vigilar constantemente.

—¡Ojalá se realice tu bella idea!... ¡Ojalá te vea en tranquila posesion de lo que tanto anhelas!

—Pero yo no haré lo que mi cuñado Fernando: yo respetaré el amor que María consagra á esa persona cuyo nombre oculta, hasta que mi constancia y mi cariño logren conquistar el sitio que hoy ocupa mi desconocido rival: yo no quiero hacer el ridículo papel de marido zeloso que cambia de domicilio á cada hora para que nadie vea á su mujer, como le sucede á Fernando.

—¡Cómo!...—dijo Miguel con ansiedad

y fingiendo ignorar cuanto habia pasado en Chapala—¿no vive ya Luisa en su hacienda?

—No.

—¿Quién te lo ha dicho?

—El mismo Fernando al encontrarnos en Altamira.

—Pues ¿dónde viven ahora?

—En uno de los pueblos del Estado de Guerrero, entre rústicos *pintos*.

—¿Has ido tú á visitarla?

—No: le encontré tan sério conmigo en Altamira, me habló tan pocas palabras, que renuncié, por no verle, al placer de ir á abrazar á mi hermana, que supongo estará allí aburrida.

—¿Y no te dijo el motivo que tuvo para alejarse de Chapala?

—No, ni se lo quise preguntar al verle tan intratable.

—¿Y nada te habló tampoco de su hijo Juanito?

Dijo Miguel deseando descubrir si Enrique sabia algo del rapto llevado á cabo por el indio Pablo.

—Nada; por lo cual supongo que estará

bueno y que será la única compañía que haga agradable la soledad en que vive Luisa.

Miguel sintió oprimirsele el corazón al considerar las lágrimas que estaba haciendo verter á aquella desdichada madre, tan buena como mal comprendida de su esposo.

Enrique atribuyó á muy distinta causa la tristeza que se apoderó de su amigo, y añadió.

—No se puede hablar contigo sobre nada que tenga relacion con Luisa: doblemos, pues, la hoja, y echemos tierra sobre este particular.

—Sí, es lo mejor.

—Pero me estoy deteniendo mas de lo regular; voy á desempeñar mi deber con el gobierno, y mas tarde tendré el gusto de ir á visitarte.

—Si no tardas mucho, te espero en el portal de Mercaderes, para que despues que dejes tu caballo, marchemos á refrescarnos al café.

—Lo acepto: la comision que tergo que desempeñar exige pocos momentos

—Pues bien, hasta luego.

—Hasta luego, Miguel.

Y Enrique, volviendo á montar en su caballo, se dirigió al palacio, mientras su amigo iba al portal de Mercaderes, donde le estaba ya esperando un hombre junto al arco de piedra en que estaba colocado un gran cartel que anunciaba la función que se daba aquella noche en el teatro.

—Y bien, Pablo—dijo Miguel acercándose al que le esperaba—¿has indagado algo?

—Sí, señor amo: Luisa está en un pueblito de tierracaliente, cuyo nombre han quedado en decirme despues.

—Lo sé: me lo acaba de decir su hermano.

—¿Y sabe el robo del niño?

—No; todo lo ignora.

—¿Y qué hacemos ahora?

—Lo pensaré bien, y obraremos con cordura, para volver la tranquilidad á esa infeliz madre, y llevar la calma al seno de un matrimonio que yo he llenado de amargura.

—Quien ha tenido la culpa, no ha sido su merced, sino yo; pero á bien que nada le

ha faltado á Juanito, que se ha criado como el hijo del *mas mejor* caballero.

—¿Le has visto hoy?

—Sí, señor amo: por señas que la señora que le cuida, me ha estado diciendo que va á sentir mucho el dia que se lo lleven de su lado.

—Cuidado cómo digas nada de este secreto á mi prima.

—No tenga cuidado su merced. ¿No tiene otra cosa que mandarme su merced?

—Nada, puedes irte.

—Quede con Dios su merced.

Y el indio se fué, mientras Miguel se quedó esperando á Enrique, pensando en los medios de que se debía valer para entregar á Luisa el hijo querido de su corazon.

CAPITULO III.

La venganza.

Eran como las seis de la tarde, cuando Matilde, ciega de zelos por el rompimiento con Miguel, llegó á casa de la desdichada María, que, libre de funestos temores, estaba entregada á los pensamientos de su amor sin esperanza. Acababa en aquel momento de llevarla el chocolate una criada, la cual volviendo á entrar á poco con un vaso de agua, anunció la visita de una señora.

—¡Una señora!...—Dijo María sorprendida.—¿Su nombre?

—No me ha dicho; pero está esperando ahí fuera, y parece una señora principal.